

NATIVEL PRECIADO

Nadie pudo con ellos



*Toda una vida luchando
por los derechos y la libertad*

Hubo muchos españoles que nunca se doblegaron, ni se acobardaron, ni se sometieron al poder de un hombre que impuso su propia ley por la fuerza. Cuando en España llovían piedras, aguantaron la tormenta, soportaron palizas, golpes físicos, morales y políticos, pero siempre se mantuvieron de pie. Este libro nace de la curiosidad que despiertan esos seres humildes y extraordinarios que se juegan la vida por los demás, que no se abandonan a la desesperanza, a la amargura o al cansancio. Admiramos su generosidad, pero nos abruma su grandeza. ¿De qué pasta están hechos los héroes que resisten huelgas de hambre, torturas y años de cárcel? ¿Por qué hay personas capaces de trascender y elevarse por encima de un destino atroz, y otras, sin embargo, se comportan como sabandijas? ¿Por qué unos se rebelan y otros se someten?

Hoy, muchos jóvenes han tomado las calles para provocar una insurrección pacífica contra ciertas injusticias. En tiempos más difíciles, los protagonistas de esta historia tuvieron un enemigo peor y resistieron. A pesar de los pronósticos más fatalistas, la actual generación no está perdida.

Nadie pudo con ellos relata uno de los periodos más turbulentos de la historia de España, a través del testimonio de una mujer muy especial, Josefina Samper, viuda del líder sindical Marcelino Camacho. Pertenecen a un momento histórico y a una clase social que padeció hambre, miseria, el exilio, una guerra civil y una represión política durante cuatro décadas. Sus testimonios sobre la resistencia reflejan la dureza de la vida clandestina, los esfuerzos de quienes lucharon contra la dictadura, los acontecimientos que la censura trató de ocultar y los sueños que se perdieron por el camino. ¿Quién habla de victorias? Resistir lo es todo.

A los jóvenes que manifiestan su indignación.

A los que hacen lo posible por adecentar el mundo.

*A los héroes anónimos que durante la dictadura se jugaron
la vida por la democracia y la libertad y, a veces, la perdieron.*

A la memoria de Lucía González Alonso.

PRÓLOGO

Hagamos memoria, a ser posible, sin manipulaciones interesadas o recuerdos alterados por el paso del tiempo. La siguiente historia se centra en una familia que mantuvo siempre convicciones muy profundas, por las que combatió toda una vida que en varias ocasiones estuvo a punto de perder. Marcelino Camacho, Josefina Samper y sus dos hijos se la jugaron multitud de veces para defender los derechos de los trabajadores, la dignidad y, en definitiva, la libertad. Una libertad que era incompatible con la dictadura. Y aunque el dictador murió en la cama, hubo muchos ciudadanos que nunca se doblegaron, ni se acobardaron, ni se sometieron al poder de aquel hombre que impuso su propia ley por la fuerza. Soportaron palizas de distinta entidad. Recibieron golpes físicos, morales y políticos, pero lo importante es que se mantuvieron en pie.

Si he elegido a los Camacho como ejemplo de resistencia y dignidad es porque su historia carece de grietas, fisuras o desfallecimientos. Cuando en España llovían piedras, ellos aguantaron la tormenta a cuerpo descubierto. No fueron los únicos, porque la lucha contra el franquismo se hizo entre los de dentro y los de fuera, los de cerca y los de lejos, los radicales y los moderados. Pero lo esencial de aquel tiempo fue la movilización popular, las huelgas, las protestas y las manifestaciones de trabajadores, sindicalistas, universitarios, estudiantes, curas obreros, abogados... que oponían su resistencia desde el interior. Se necesitaba que todos ellos abrieran las puertas desde dentro para que pudiera entrar la libertad desde fuera.

No hace tanto que los españoles tuvimos las mismas incertidumbres que egipcios, tunecinos, libios, sirios, yemeníes y de cuantos hoy luchan contra la tiranía. Salvando toda clase de distancias, están viviendo un proceso similar al nuestro. No pongamos en duda que alcanzarán una libertad como la nuestra. Pero debemos advertirles de que, muerto el perro, no se acabó la rabia. Siempre hay alguien que quiere imponer su poder por la fuerza. Si antes eran los tiranos, ahora son otras dictaduras más difusas. En los países democráticos se ha levantado una oleada de indignación contra la tiranía de los mercados. La movilización popular, una vez más, es la manera de frenar su exceso de codicia. La crisis económica ha demostrado que los potentados del mundo, magnates de los negocios y las grandes finanzas, se van rehabilitando alegremente, dejando a su paso un reguero de millones de ciudadanos víctimas de su mala práctica pública y privada, incluida la corrupción amparada por la permisividad política. La mayoría de los responsables del *crack* financiero están rehabilitados y han vuelto tranquilamente a operar, sin apenas cortapisas, en Wall Street.

Es una gran mentira que los indolentes ciudadanos del sur vivamos a costa de los virtuosos del norte. Lo único cierto es que en España el paro afecta a más del cuarenta por ciento de los jóvenes, a quienes la reforma laboral convertirá en trabajadores precarios para toda la vida y quienes encontrarán, además, enormes obstáculos para acceder a una vivienda y a una educación de calidad. Y los que tenemos la inmensa suerte de trabajar, lo hacemos durante más horas, para ganar menos, jubilarnos más viejos y cobrar una pensión menor. Estos y otros asuntos más precisos alimentan la indignación de muchos ciudadanos que protestan en las plazas públicas contra quienes consideran los generadores de la crisis: los mercados y las élites políticas.

Hay una generación que aún no está perdida, sino a tiempo y con ganas de buscar alternativas. Han tomado las

calles para provocar una insurrección pacífica contra el fatalismo de que solo hay una salida: la que quieren imponer-nos globalmente desde los grandes centros de poder.

Si en tiempos más difíciles los protagonistas de este libro pudieron resistir, sus nietos también lo lograrán.

INTRODUCCIÓN

En tiempos heroicos se decía que la clase obrera iba al paraíso, así que los restos de Marcelino Camacho descansarían ya en ese idílico lugar que cada uno concibe a su manera. La situación ha dado un giro radical desde que el joven Marcelino se hizo comunista para luchar contra las injusticias que padecía su familia.

Un esforzado sindicalista, en la actualidad, no es el que se enfrenta al patrón, sino el que facilita la vida al empresario. Las nuevas relaciones laborales exigen empleados productivos, dóciles y, a ser posible, indefensos. La salvación ya no es colectiva, sino individual y, además, ya no están los de arriba frente a los de abajo, sino los instalados frente a los excluidos del sistema. Desde su particular infierno, el parado sueña que el paraíso es un puesto de trabajo. Movimiento obrero, clase trabajadora o lucha reivindicativa son expresiones arcaicas que han sido reemplazadas por una hojarasca de eufemismos como mercado laboral, capital humano, fuerza de trabajo, capacidad competitiva, desarrollo de competencias, moderación salarial, poder adquisitivo y una serie de palabras de apariencia conciliadora como temporalidad, retos, incertidumbre, flexibilidad, riesgo y otras muchas con las que nos han familiarizado a la fuerza.

La situación económica y financiera vuelve a ser, si es que alguna vez dejó de serlo, comprensiva con el ganador y despiadada con el perdedor. Se impone, de nuevo, la idea insolidaria de que cada cual se hace a sí mismo y se merece su destino. Nos encontramos en uno de esos periodos regresivos en los que se cumplen las peores expectati-

vas. En la última década del pasado siglo tuvimos la sensación de que el progreso era imparable. Caían regímenes dictatoriales y la democracia se extendía por el mundo, al tiempo que se producían grandes avances científicos y tecnológicos. Todo parecía indicar que, algún día, la prosperidad y la riqueza se distribuirían de forma equitativa y alcanzarían a los sectores más necesitados, hasta acabar con las odiosas desigualdades. Era una percepción muy arraigada, sobre todo, en una España en la que, tras las penurias de la larga dictadura y la vacilante transición, habíamos alcanzado una democracia estable con un relativo bienestar económico.

Y, de pronto, parece que la historia se cansa de avanzar y decide dar unos cuantos pasos atrás. El muro de Berlín fue derribado y desapareció la Guerra Fría, pero, a cambio, entramos en guerras calientes. El terrorismo islamista nos retrotrae a las cruzadas y el Vaticano demoniza asuntos sociales y avances científicos. Aún no se ha abolido la esclavitud en muchos talleres textiles de los países del sur y en los del norte hemos perdido derechos laborales. Las mujeres siguen siendo víctimas de costumbre retrógradas, de amenazas integristas y de muertes violentas. La juventud vive un presente hostil y un futuro sombrío. Su herencia es un mundo inquietante donde prevalecen la ley del más fuerte y el sálvese quien pueda. Quizá se trate de una percepción exagerada, pero se aproxima a una realidad que invita, más que a luchar, a salir corriendo.

De ahí la curiosidad hacia esos seres extraordinarios que, en circunstancias adversas, ni se someten ni se doblegan. Marcelino Camacho murió a los noventa y dos años, sin domesticar, venerado por su mujer, Josefina, por sus hijos, Yenia y Marcel, y por los camaradas que le acompañaron hasta el fin de sus días. Pertenece a una clase de héroes humildes que luchan, resisten y no ganan. Más interesantes que los otros, los vencedores, los que consiguen cruces y medallas por un acto de valor supremo que surge de un

arrebato emocional mezcla de coraje, inconsciencia y enajenación. No resto méritos a los que se merecen condecoraciones por un acto heroico, pero sus hazañas suelen ser más solitarias que solidarias. Para el común de los mortales sus proezas tienen algo de inhumanas. Es más admirable la resistencia pacífica, obstinada y tenaz, que la arrogancia de cualquier acción ofensiva o violenta. Los primeros, los resistentes, son los que dan el relevo para que los demás sigan avanzando.

No sabemos cómo reaccionar frente a una persona que se juega la vida por una causa, por una idea, por los demás, por la dignidad de un pueblo. Admiramos su generosidad, parece invulnerable, pero nos abrumba su grandeza. «Quizá las generaciones venideras duden alguna vez de que un hombre semejante fuese una realidad de carne y hueso en este mundo», dijo Einstein sobre el valeroso y resistente Mahatma Gandhi. Nos desconcierta que una persona de raza negra, solitaria y desamparada, como Rosa Park, se siente en el lugar destinado a los blancos en un autobús de Alabama, aguante que la echen a patadas y su gesto, en apariencia insignificante, dé lugar al triunfo de la ley contra la discriminación racial por la que dio su vida Martin Luther King.

Cómo entender que gente de apariencia frágil, como la birmana Aung San Suu Kyi, premio Nobel de la Paz, hija de otro héroe nacional que fue asesinado tras firmar el tratado de independencia con los británicos, continúe su lucha pacífica por la democratización de su país, a pesar de que ha sido privada de libertad durante largos años.

¿De qué pasta están hechos los héroes que soportan huelgas de hambre, torturas y años de cárcel? Resisten por encima de toda lógica, independientemente de su triunfo o su fracaso personal, luchan para derrotar la esclavitud, el racismo, la discriminación, el fanatismo religioso, en definitiva, por solidaridad con las víctimas sojuzgadas, avasalladas, oprimidas o esclavizadas por cualquier clase de tiranía.

Bajo la dictadura franquista, se dieron muchos casos de personas heroicas que olvidaron sus propios intereses y se jugaron la vida para proteger a los más débiles. En este libro no me refiero tanto a su ideología como a las privaciones que tuvieron que sufrir para alcanzar la democracia y la libertad. Habrá quien se pregunte si mereció la pena tanto sacrificio para llegar a esto.

Seamos generosos y reconozcamos el valor de los que sufrieron directamente la represión, más allá de sus posibles errores políticos o de su intransigencia en determinadas circunstancias, aunque ocupen un papel modesto, apenas un par de líneas en la historia. Al primer secretario general de Comisiones Obreras se le ha juzgado con exceso de rigor desde la izquierda y la derecha, pero ya nadie pone en duda su valor.

Quiero personalizar esta historia de lucha permanente e inacabada en una mujer que para las nuevas generaciones será, probablemente, una completa desconocida. Se llama Josefina Samper, es viuda de Marcelino Camacho y en las siguientes páginas iré recordando los momentos inolvidables, tristes, dramáticos y alegres de las seis décadas que vivió junto al líder sindical. Es una mujer tenaz y resolutiva, como lo fue su marido, comprometida políticamente desde niña, republicana y luchadora. Sus testimonios sobre la resistencia sirven de guía para reflejar la dureza de la vida clandestina en plena erosión del régimen franquista, los esfuerzos de quienes lucharon a cara descubierta contra la dictadura, los acontecimientos que la censura trató de ocultar y los sueños que se perdieron por el camino de la libertad.

1

La emigración y el exilio

Españoles en Argelia. La esclavitud en las minas. A los doce años ya es militante comunista. Un asunto de conciencia

Estamos Josefina Samper y yo sentadas alrededor de una mesa camilla con mantel rojo, llena de libros, cuadernillos y periódicos en los que aparece reiteradamente la imagen de Marcelino Camacho. Deja a un lado las agujas de punto con las que está confeccionando un jersey de hilo para su nieta; de hilo, porque desde que nació tiene alergia a la lana. Me ha invitado a charlar en su casa de Majadahonda donde vivió los últimos meses con su marido, cuando ya estaba enfermo y no tuvo más remedio que abandonar Carabanchel, un cuarto piso sin ascensor, impedido para bajar o subir las escaleras.

Marcelino se sentaba en el mismo sillón que ahora ocupa su viuda, hoy un poco más sensible de lo habitual, porque viene de hacer un recorrido por su barrio de toda la vida. Es la primera vez que vuelve al piso de Carabanchel desde que se quedó viuda.

—Me ha acompañado Marcel, mi hijo —dice con un peculiar acento mezcla de francés, magrebí y almeriense—.

Hemos ido a visitar a una vecina que se ha quedado ciega. Me ha costado mucho volver...

Suspira y se queda en silencio, mirando hacia el cartel enmarcado donde aparece Marcelino con las siglas de CCOO y la leyenda: «¡Ni nos domaron, ni nos doblegaron, ni nos van a domesticar!».

—Tiene muy buen aspecto, Josefina —le digo—. Es usted una mujer muy fuerte.

—Bueno, por fuera, pero por dentro no estoy muy bien. Le echo mucho de menos. Aunque tendré que aguantar. ¡Vaya si aguantaré! Siempre he sido valiente, es verdad; si no hubiera sido fuerte ya me hubieran vencido. Y ahora tengo que seguir. Ya sabes lo que decía siempre Marcelino: «Si uno cae, se vuelve a levantar y sigue adelante». Así que no puedo aflojar, porque hasta a mis hijos les extrañaría verme hundida. Hemos sido una pareja inseparable. Nunca hemos discutido, porque con él era imposible discutir. Si alguna vez yo me enfadaba, él me decía: «Pero ¿cómo es posible que te enfades por algo tan insignificante?». Tenía una paciencia a prueba de todo. Le echo mucho de menos.

—Él siempre decía que sin su mujer no hubiera sido capaz de aguantar tanto.

—Sí, es verdad, me tuvo a mí, que le ayudé muchísimo, pero no sabes cuánto aprendí a su lado. Yo comprendo que ya estaba muy malo y se tenía que ir, pero me dio mucha pena. Y no tengo queja, porque todo el mundo en el hospital se portó muy bien con él. El médico me dijo que era muy grave lo que tenía y que él haría lo que la familia quisiera. Yo le dije que no quería que le pusieran tratamientos que no servían para nada; que si tenía que morir, que lo hiciera con el mismo valor con el que había vivido. Y así lo hizo. Los últimos días ya no podía comer y se ahogaba, pero solo se quejaba cuando le movían, porque le dolían mucho los huesos. Le dolía incluso que las enfermeras le tocaran, pero cuando le soltaban, levantaba las manos y las acaricia-

ba, como dándoles las gracias. Y el día que murió, hasta el médico tenía lágrimas en los ojos...

—No se esfuerce. No hace falta que recuerde esos momentos.

—No te preocupes. Me gusta hablar de él. Aunque, a veces, me entra la pena al acordarme del final... porque la noche que murió no estaba a su lado. Estuve todo el tiempo con él, y esa noche, ya estaba yo cansada, y mi hijo me dijo que me fuera a dormir. Yo iba todos los días al hospital desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche. Dormía en casa de Yenia, porque vive aquí al lado, y ya por la mañana nos íbamos las dos a verle. Pero esa noche no me quise ir, porque le vi mal, pero mi hijo insistió tanto... «Mamá, vete tranquila, si le pasa algo te llamamos y vienes». Me acababa de acostar cuando me llamaron. Y no llegué a tiempo... y eso es lo que más siento...

—Josefina, déjelo, cuénteme cosas más alegres.

—No me importa. Si soy valiente. Me gusta mirar todo el tiempo su foto y estar rodeada de cosas tuyas... pero es que le echo mucho de menos.

—Es curioso que conserve el acento francés. Estuvo muy poco tiempo en Argelia —le digo para cambiar el rumbo de la conversación.

—No creas, pasé allí toda mi infancia y mi juventud. Mi padre trabajaba en la mina, en Almería. Eramos de El Fondón, un pueblo de la Alpujarra almeriense, que está en la Sierra de Gádor y tiene un río que se llama Andarax. Pues allí nacimos mis dos hermanos mellizos, Juan e Isabel, y yo, pero nos fuimos a Argelia cuando mi padre tuvo que dejar el trabajo porque se puso enfermo. Empezó a trabajar en las minas de plata a los ocho años. Su padre había muerto y su abuelo le dijo que tenía que espabilar, y se lo llevó de botijero. Mi madre tenía mucho miedo, porque de esa mina vio salir muchos muertos.

Me pregunta si tengo idea de lo que era trabajar en aquellos tiempos de minero y en qué consistía ser botijero. Al parecer, se empleaban niños desde los cuatro o cinco años para transportar el material desde el pozo, vigilar las puertas que separan los compartimentos de la mina o llevar agua a los mineros.

—Las minas de hoy no tienen nada que ver con las de antes. Entonces los bajaban a todos con una cuerda y allí se quedaban hasta que los volvían a subir por la noche. No había agua corriente, ni nada por el estilo. Así que mi padre tenía que hacer varios viajes a lo largo del día para ir a buscar el agua. Nos contaba que siempre iba cargado. Lo bajaban a través de una pequeña espuerta llena de carbón, vaciaban el botijo y él se lo llevaba para volverlo a llenar. Así hasta que acababa la jornada. Pasaron los años, no recuerdo bien si es que se puso enfermo o cerraron la mina donde trabajaba, el caso es que se fue en 1931, cuando yo tenía cuatro años. Primero se fue solo, a buscarse la vida en Orán, donde un familiar le dio un trabajo de dinamitero. Tampoco es que fuera un empleo sin riesgos, pero era lo que había en ese momento. Unos meses después nos reclamó y ya nos fuimos toda la familia desde Almería. Mi padre era una persona muy buena y muy alegre. No había ido a la escuela. Todo lo que sabía era porque lo leía en los libros que encontraba en cualquier parte. Él se decía republicano, pero nunca había militado en ningún partido, hasta que yo lo metí en el Partido Comunista. Era de esas personas que tenían mucha conciencia y siempre le oíamos cargarse en todos los que habían inventado tanta miseria. Mi madre le decía: «¡Pero bueno, no te cagues tanto en la madre que les parió!»... Era muy buena persona... El caso es que nosotros fuimos emigrantes no por motivos políticos, sino porque no teníamos para comer. Allí, en Orán, había

muchos refugiados que huían de la persecución de las tropas sublevadas franquistas.

Es un dato poco conocido, pero Argelia fue un centro muy importante de acogida para la emigración española. Los agricultores levantinos y almerienses tenían fama de ser duros, sobrios y eficaces en el trabajo. Emigraron muchos albañiles, canteros y mineros a la zona occidental de aquel país norteafricano, sobre todo, a la ciudad de Orán, donde a principios del siglo XX existía una nutrida colonia de españoles. La última emigración masiva tuvo lugar en 1939, al final de la Guerra Civil. Según cuenta el hispanista Mimoun Aziza, en abril de aquel año desembarcaron en Orán más de dos mil personas que llegaron a bordo del *Stanbrook*, procedentes de Alicante, y en la provincia de Argel se habilitaron campos para acoger a unos diez mil refugiados españoles. Muchos, como la mayoría de la familia de Josefina, se nacionalizaron franceses y cuando lograron reunir algún dinero se instalaron en el sur de Francia para evitar las represalias a las que podían ser sometidos en la España de Franco.

—Cuando cumplí los doce años —cuenta orgullosa— me hice militante de la Juventud Socialista Unificada (JSU).

—¿A los doce años? —pregunto con asombro.

—Sí, porque cuando llegué a Orán, la verdad es que no me sentí muy bien acogida. Nos llamaban «los del diez por ciento», porque había una ley que solo permitía que entrara un diez por ciento de emigrantes en las escuelas y el mismo porcentaje de contratados en las fábricas. Los franceses tenían prioridad en todas partes y, aunque quedasen sitios libres en las clases o en los trabajos, nosotros, los extranjeros, no los podíamos coger, porque las plazas estaban reservadas por si venía algún francés. A mí, esos privilegios me parecían indignantes.

—¿Y por eso se hizo comunista?